

XXII

Luis Vijé obedeció la súplica de Artagnan y llegó á Pa is en seis días: ya se verá que no había perdido e tiempo, pero en cambio estaba rendido de fatiga.

Champagne se encontraba ausente del domicilio de su amo y madama Morlet le aseguró de que el caballero aún no regresaba.

El cansancio le impidió ir más lejos y cayó sin fuerzas para más en la tienda de la buena mujer, la que vagamente se acordaba de sus facciones y no se atrevió á preguntarle nada temiendo disgustarlo.

Cuando Champagne volvió, cuatro ó cinco horas después, y hubo visto al que preguntaba por su amo, lo reconoció inmediatamente por el pasante de procurador que intervino en aquello del pagaré que le iba á costar hasta la vida. Por lo mismo le despertó rudamente con la intención caritativa de ponerle fuera.

Pero cuando el poeta, molido por el cansancio, le hubo dicho mirándole lo blanco de los ojos, que venía de parte de M. Carlos, el buen criado le tomó en sus brazos, y le hizo subir inmediatamente al primer piso-donde le puso sobre la cama de su amo.

—¿Ha sucedido alguna desgracia al caballero? preguntó con ansiedad.

—Cuando lo dejé, mi querido señor Champagne, respondió el poeta, se encontraba bien, pero al ver que no ha vuelto no podré afirmar que esté bueno y salvo.

—¿Acaso se ha detenido en el camino?

—Sólo le saqué dos ó tres horas de delantera, y soy muy mal jinete.

—En efecto, debería haberos alcanzado cuando me- nos,

—¿Qué hora es, Champagne?

—Las diez, señor.

—Es imposible que vaya yo esta noche al Louvre. Acaso al amanecer habrá llegado el caballero, y mi misión esté cumplida.

—Señor, se aventuró á decir Champagne, ¿queréis permitirme que os dé un consejo?

—Hablad, amigo mío; M. de Artagnan me ha dicho que sois un servidor fiel.

—¡Ah! señor, me haría quebrar la cabeza por él sin vacilar.

—Veamos vuestra idea.

—Un consejo generoso es un poderoso recurso, como dice Pedro Corneille.

—Opino que si el amo no se encuentra aquí, es porque está en peligro, y entonces sería bueno no esperar á mañana para ejecutar sus instrucciones.

—No carece de fundamento lo que decís, porque no me ha encargado de esta misión sino para el caso en que yo me adelantara. Tenéis razón, amigo Champagne, voy inmediatamente . . . al Louvre.

—No os preguntaría á quién vais á ver; pero si no conocéis los usos del castillo real

—Sois muy sensato, Champagne, así como yo soy un loco en pretender aventurarme. Vais, pues, á acompañarme y á servirme de guía, porque nunca he puesto los pies en el palacio.

Champagne tomó cierto aire de importancia, se ceñó su espada, y los dos salieron de la casa. Pero con grande admiración del criado, el poeta no se dirigió ni al muelle ni á la calle de San Honorato, ni menos todavía á la de Saint-Germain l'Auxerrois.

—Pero señor, dijo, ¿no vamos al Louvre?

—¡Chut! hizo Vijé penetrando en el cementerio de los Inocentes y tomando la dirección de San Eustaquio.

—¡Ah! respondió Champagne que adivinó el objeto de aquel paseo nocturno, no sin admiración al ver cómo aquel joven iba con tanta intrepidez.

Vijé enfiló la calle Coquillere, ganó la de Bons-Enfants, y dió un suspiro de satisfacción poniendo los pies en la de Petist-Champs; pero el buen Champagne se puso inmediatamente delante de él como el punto de una interrogación.

—Sí, Champagne os comprendo; este es el fin, ¿pero y los medios? . . .

—Penetrar al corazón de la plaza no es fácil, señor, á menos que tengáis la contraseña.

—Sigamos adelante, que ya veremos después.

Y siguieron la calle Vivienne.

—Es preciso no imaginarse que la entrada sea fácil, tal es mi opinión.

—Y también la mía, señor.

—Pero aquí tenéis una pared que no es muy elevada; prestadme vuestros hombros.

—¡Ah! señor, bien se conoce que no sois parisiense, en los patios y los jardines hay perros de guarda y otros mil inconvenientes que podrian muy bien seros contrarios, presecindiendo del ruido que haríais al bajar.

—¡Eh! dijo Vijé resueltamente.

—¿Me permitiréis daros otro consejo?

—Bastante bueno me pareció el primero para que esquivé el segundo.

—Pues bien, dejadme escalar el muro, como si fuera un señor.

—Sí; ¿y quien hablará entonces por mí?

—No seré yo por cierto; pero os prepararé el camino.

—De veras, Champagne, que sois un muchacho más

avisado de lo que parecéis. Comprendo que si los perros de ese palacio deben comerse á alguno, no debe ser por cierto al que tiene el secreto. Vaya, amigo mío, aquí están mis manos, trepad.

Y de tres brincos, Champagne se encontró al otro lado del muro, dirigiéndose por el jardín como un buen conocedor del terreno. Cerea de media hora después de su ascenso, durante la cual Vijé creía á cada instante oír los ladridos de los perros, el poeta se sorprendió de ver que Champagne se le dirigía por el ángulo de la calle de Petits-Champs.

—Señor, le dijo, es imposible despertar á nadie en este momento; pero mañana temprano os presentaréis en el palacio preguntando por la signora Fiammetta.

—¡Oh! maese Champagne, tenéis ya inteligencias en la plaza?

—El señor tiene bastante penetración, y los ojos negros de Italia tienen un encanto! . . . ¡Ah! si no se tratara del señor no me habríais visto volver tan pronto.

Al día siguiente no había llegado Artagnan, y Luis Vijé se dirigió al Palacio Mazarino preguntando por la señora Fiammetta.

Por una casualidad extraordinaria el suizo pudo designarle á aquella persona que precisamente pasaba por el patio. El poeta se le dirigió apresuradamente, y la morena italiana lo condujo á una cámara pequeña situada en el entresuelo, donde le suplicó esperara.

Cinco minutos después volvió diciendo al poeta que se le suplicaba dijera á ella el negocio que traía; pero Vijé se defendió tan bien y supo rehusar su explicación con tanta destreza, que la joven le dejó de nuevo con una mueca amenazadora, en cuya expresión se apercibía el despecho que le causaba aquella muestra de desconfianza, injuria que no podría perdonar una mucha-

cha tan linda. Luis no era hombre que se ofendiera por tan poco, y se alegró vivamente cuando vió entrar á Fiammetta con la sonrisa en los labios. Entonces le tomó ella por la mano y abriendo la puerta por donde entró, lo introdujo á una cámara inmediata.

El poeta creyó entrar en el paraíso y encontrarse en presencia de la Virgen María: aun intentó doblar una rodilla delante de la rubia y radiante joven que lo acogía sonriendo.

— Venís de lejos, señor? le dijo Ana María, advirtiendo la expresión de tristeza que se derramaba de los ojos del mensajero.

— Tengo orden de no deciros más que estas palabras, señora.....

— Pronto.... se apresuró á decir la joven interrumpiéndole, porque presentía una mala noticia y quería retardarla lo más posible.

Después, fijando su mirada en Vijé:

— ¿Dónde está hoy? ... preguntó con timidez.

— Lo ignoro, señora, pero puedo juraros que no permanece en Burdeos.

— ¿Por qué os ha enviado?

— Porque temía ser arrestado en el camino.

— ¿Acaso está en peligro su vida? preguntó ella estremeciéndose.

— ¡Oh! no, señora... dijo Vijé para tranquilizarla, pero interiormente muy inquieto.

— ¿Decidme dónde y cómo lo habéis dejado?

— Acababamos de escapar de un peligro terrible, él sobre todo, porque la espada y después la pistola de un enemigo, lo habían amenazado. Por lo mismo, viéndose expuesto á ser retardado en su marcha, resolvió multiplicarse para tener dos probabilidades de que tuviérais un aviso acerca de él.

— ¿Y decís que no está amenazada su vida?

— ¡Oh! señora, los hombres de su temple no mueren así nomás.

— ¿Es un gran corazón, no es eso? dijo la joven con embriaguez.

— Es un héroe del tiempo de Carlomagno, señora, con el ardor necesario al tiempo en que vivimos!

— ¿Y cuando os separásteis, lo visteis animado de alguna esperanza?

— Estaba triste, señora, muy triste, por más que procuraba disimularlo.

— Pero sois su amigo, y habéis sorprendido esa tristeza?

— Si, señora.

— ¡Oh!... repetidme entonces las palabras que os ha encargado para mí.

— Hélas aquí, señora; «Ha ido á Burdeos para casar á vuestra prima con M. de Conti; pero ha estado engañado hasta el último momento: se trata de vos.»

Ana María se levantó pálida, y sus ojos lanzaron un relámpago terrible.

— Fiammetta! gritó.

Entró la camarera inmediatamente.

— Que nadie vea al señor aquí. Esperadme, añadió volviéndose al joven y saludándole con gracia.

Salió del departamento y bajó con rapidez la escalera que conducía á las habitaciones del cardenal. Viendo los salones de espera llenos de una multitud de pretendientes y cortesanos, tomó un corredor al cabo del cual estaba una entrada secreta.

Poco antes de la llegada de Luis Vijé al palacio de Mazarino el cardenal había llamado á M. de Navailles, porque había recibido una carta cuyo contenido lo sor-

prendió extrañamente: aquella carta era de Artagnan y se la enviaba al banquero judío Issachar.

— Navailles, dijo el cardenal al ver entrar al capitán de las guardias, no habéis visto á Artagnan á su llegada?

— Monseñor, si hubiera vuelto el caballero habria comenzado por presentaros sus respetos.

— En efecto . . . pero al menos sabréis donde está.

— Lo considero aún, en su país. Antes de que partiera se dijo mucho que tardaría en su expedición un mes ó dos. Además, monseñor, vos lo debéis saber mejor que nadie, porque ha debido depedirse de Vuestra Eminencia.

— La licencia que se le concedió, se ha cumplido, Navailles.

— ¿Vuestra Eminencia me permitirá decirle lo que pienso sobre esto?

— Sin duda, contestó el cardenal con inquietud viendo que Navailles fruncía las cejas.

— Pues, bien, monseñor. Artagnan ha partido con un despacho de capitán en las bolsas, es verdad, pero tan escaso de dinero que temo por su gloria. En efecto, ha sido más desollado de lo que se esperaba con ese despacho, y su honor se resentía bastante.

— ¿Qué quiere decir eso? . . . exclamó el cardenal admirado del atrevimiento del gentil hombre, el cual pasaba ordinariamente por muy sumiso.

— Monseñor, Artagnan es un muchacho que fácilmente hecha una larga á la licencia, lo conozco bien! Llegado á su país, no habrá podido menos de alegrarse bajo el techo paterno, y allí lo dejará la melancolía.

— ¡Bah! hizo Mazarino que bien sabía que el caballero estaba de vuelta del Bearn.

— ¡Eh! monseñor, tiene bastante orgullo, y apostaría

á que la desesperación podría llevarlo á una empresa resuelta que lo condujera á una extremidad fatal. Frequentemente me lo ha dicho así, es hombre muy capaz de haberse encerrado en un convento de Cartujos, por ejemplo.

— ¡Artagnan cartujo! pues tendría gracia!

— Cien veces me ha dicho, monseñor, que no había gentes más felices.

— Hola . . . hizo Mazarino, reflexionando que si Artagnan había salido de Burdeos de una mala manera, nada remoto seria que se diera á la desesperación como decía Navailles.

— A menos, sin embargo, añadió el gentil hombre, que el placer de detenerse en Burdeos no le haya hecho caer de mala muerte.

— ¿Y qué fué á hacer allí?

— No lo sé; pero la señora de Flavimont y él son antiguos amigos.

— La pobre mujer tiene otros negocios más importantes para que se ocupe del amor! Pero lo que me habéis dicho acerca de los Cartujos me tiene algo inquieto, y quiero cerciorarme, señor Rosé! . . . gritó el cardenal dirigiéndose á una de las puertas del gabinete.

M. de Rosé, su secretario, el que más tarde llegó á miembro del gabinete de Luis XIV, entró con toda la seguridad que le daba la confianza del primer ministro.

— Mi querido señor Rosé, dignaos, os lo suplico, hacer escribir á todas las comunidades de Cartujos que existen en Francia, para informaros si desde hace . . . poco ha entrado en alguna de ellas el caballero Artagnan, cuya filiación pondréis. Pero hacadlo pronto:

— Si ese fuera Cartujo, yo iría á avisarlo á Roma! contestó el secretario, yéndose.

—Monseñor, dijo Navailles, Besmaux se encuentra en el salón; queréis preguntarle algo acerca de su patriotismo?

—Sí, llámadlo, respondió Mazarino.

Al mismo tiempo que Besmaux, el nuevo gobernador de la Bastilla, había entrado Bernouin, seguido de un correo que entregó una carta al ministro.

—Esto acaso nos sacará de dudas, dijo Mazarino. No, añadió después de haber abierto el pliego, es de M. de Candale que me anuncia que Burdeos será tomado mañana, es decir, el 20, porque escribe con fecha 19, y estamos á 26. Habéis visto semejante tardanza en el correo? En qué ha consistido? preguntó dirigiéndose a portador.

—Monseñor, el Loira ha desbordado en Orleans y me ha sido preciso dar un rodeo por Montargis.

—Pero de todos modos, Burdeos habrá caído en poder de las armas del rey. Ah! cuándo podremos tener noticias más prontas! prosiguió Mazarino leyendo siempre la carta de M. de Candale.

Ah! señor de Besmaux, Candale me dice que os envía un prisionero de importancia. . . . y el prisionero era Artagnan, cogido por Barada en el camino y metido con destino á la Bastilla. Oh! oh! esto es grave, en efecto, porque es nada menos que el famoso Duretete el jefe de los revoltosos bordeleses. La conservaremos allí para hacerla colgar delante de todos, cuando sepamos que la ciudad ha sido tomada. Es preciso hacer un ejemplo. . . Guardadle bien, Besmaux.

—Monseñor, dijo el correo adelantándose respetuosamente.

—Qué hay? preguntó el cardenal.

—Un billete que M. de Candale me entregó en momento de partir, cuando montaba á caballo.

—Ah! Besmaux, el buitre muda de plumas! dijo el cardenal después de haberse impuesto del billete, no es M. Duretete á quien se envía preso; ha habido una equivocación, cosa muy comun en la guerra, y este es simplemente un espía de M. de Condé. Sin embargo, guardadle bien, ya le ahorcaremos cuando haya necesidad.

—Monseñor, ya he dado las órdenes convenientes para que en mi ausencia no se cambie por nada el régimen de la prisión. Vengo á pedir permiso á Vuestra Eminencia.

—Y á dónde váis?

—A San Germán. Su Majesta^d se ha dignado invitarme para que le acompañe hoy á una cacería.

—Id, amigo mío. Pero decidme, tenéis noticias de Artagnan?

—Está bien, podéis retiraros.

Bernouin entró y destrozó algunas palabras al oído del cardenal. Este ordenó inmediatamente que se le dejara solo.

Dos minutos después, Barada era introducido, con los vestidos en desorden, y llenos de polvo.

—Monseñor, dijo, he querido ser el primero en anunciar á Vuestra Eminencia la sumisión de Burdeos.

—¿Es M. de Candale quien os envía?

—No, monseñor; M. de Candale quiere una batalla y no piensa más que en prepararla.

—Explicaos.

—Reina en Burdeos la más completa división entre M. de Conti y la Ormée: el príncipe se ha echado en brazos del vecindario y del pueblo, y mientras que se ocupa en dar mil rodeos para llegar al fin que se propone, porque no se atreve á descubrir sus intenciones pacíficas ni á su madre, ni á Marsin, Lenet y Nemours,

los Ormistas cometen uno de esos excesos que le eran tan familiares, saqueando el palacio de Flavimont y matando al conde, lo cual acabó de decidir á los paisanos á someterse.

Numerosos soldados de M. de Candale estaban sin embargo dispuestos á penetrar á la ciudad por un subterráneo y se habían apoderado de M. Duretête; pero una inundación repentina del Garona invadió súbitamente el subterráneo, é impidió los avances de los soldados.

Felizmente M. Duretête, ya en poder de aquellos soldados no pudo dirigir la resistencia de los suyos, que á las primeras noticias de la próxima sumisión del pueblo, se retiró exasperado á un arrabal organizando allí la resistencia.

Los duques de Candale y de Vendôme han entrado á Burdeos. Pero el cañón está abocado sobre los fosos y el muelle de Borgoña amenazando San Miguel. Sin duda esperan los duques ver reducidos á los Ormistas para escribimos.

—¡Es una falta! exclamó Mazarino, y como vos considero á Burdeos en poder del rey. ¡Qué es un puñado de rebeldes sin jefe contra un ejército regularizado! Pero los buques españoles y los socorros que fuisteis á pedir á Cromwell, no han llegado?

—Informado con oportunidad M. de San Simón ha cortado el Jironda á los buques, que han debido dirigirse de nuevo al mar.

—Está bien, señor, sois muy hábil en esta negociación, y desde hoy podéis consideraros como perteneciente al parlamento de París; según entiendo era lo que apetecíais?

—Sí, señor, dijo Barada inclinándose con reconocimiento.

—Vais á volver á Burdeos con orden para que M. de Candale haga clavar la cabeza de Duretête en la torre de la Ormée: esto acabará las últimas resistencias. Pero no me decís qué sucedió con M. de Conti?

—En tanto que madama de Condé, el duque de Nemours y M. de Marsin han ido á embarcarse á Pasieillac, M. de Conti se ha retirado al castillo de Cadillac, donde M. de Candale le ha ofrecido hospitalidad.

—¿Y no sabéis más acerca de ese príncipe?..... preguntó Mazarino sonriendo.

—Sire, madama de Barada ha sostenido con más ardor los intereses de Vuestra Eminencia, dijo el consejero frunciendo ligeramente las cejas al recuerdo de Artagnan.

—¿Estáis seguro, conde de Medrano?

—Sí, monseñor; el príncipe de Conti consiente en casarse con la sobrina de Vuestra Eminencia, la señorita de Martinozzi.....

No había acabado Barada, cuando una puertecita disimulada en la tapicería se abrió con estrépito.

Ana María apareció, blanca como el mármol, y sus ojos fulgurantes detuvieron repentinamente la alegría del cardenal que se frotaba las manos con satisfacción.

—Monseñor, es preciso que os hable, le dijo mirando al consejero con desconfianza.

—Barada, dijo Mazarino trazando algunas líneas sobre un pergamino que tenía estampado el sello de Estado, partid pronto á Burdeos, y cuando volváis habré recibido de vuestro abuelo la acta que es legítima.

—Gracias, monseñor, hizo Barada besando la mano del ministro y alejándose con rapidez.

Ana Maria avanzó, grave y severa hacia el cardenal, que la miraba asombrado.

—¡Eh! querida niña, ¿qué tenéis?

— Tío, le contestó con calma, porque la reflexión la persuadió de que la cólera era mala consejera, tío es verdad?

— ¿Qué cosa? preguntó con embarazo Mazarino.

— ¿Qué me casáis con... M. de Conti?.....

— Pues bien si así fuera, ¿qué tendrías que decir?

— Una cosa bien simple: que es imposible, tío mío.

— ¡Hola! señorita, exclamó el cardenal, vaya una palabra imprudente, y parecéis olvidar que vuestros padres me han delegado toda su autoridad sobre vos.

— Tío, estoy segura de que en estas circunstancias daréis una tregua al ejercicio de los derechos que invocáis. Obedeceros ha sido siempre hasta hoy una ley dulce para mi corazón; pero en este momento os conjuro, no exijáis mi obediencia en una prueba tan dura.

— ¡Qué! ¿rehusaréis casaros con un príncipe de la sangre real de Francia?

— Es el matrimonio el que rehuso y no el marido.

— Bueno, hija mía, dijo Mazarino con buen humor, pero no tenemos tanta prisa; espero que con el tiempo vuestros sentimientos serán más razonables.

— ¡Ah! tío mío, dijo Ana Maria con dolor, porque hubiera preferido que Mazarino se enfureciera, no seréis tan insensible que rompáis de esa manera mi corazón.

— Vuestro corazón no se romperá porque os caséis con M. de Conti.

— ¡Pobres mujeres, Dios mío! exclamó Ana Maria, son tan desgraciadas en el mundo!... Nunca se consultan sus afectos. De repente se les dice: He aquí un hombre que os va á tomar por mujer.... casaos con él.... ¡Oh! las cosas son mal hechas así!..... Monseñor, monseñor, sois muy riguroso, y bien se conoce que no sois mi padre!.....

— ¿Qué decís, Ana Maria?... Eres injusta porque te amo.

— Perdón, tío mío, perdón; pero os cuidáis muy poco de mi felicidad, puesto que pretendéis torcer mis inclinaciones.... Bien sabéis que mis gustos son simples y que me contento con poco; pues bien, dejadme vivir como hasta aquí, entre vuestro afecto y mis deberes de cristiana.

— Vaya unos sentimientos perfectos, respondió Mazarino haciendo una mueca, una piedad ejemplar; pero no son esos los proyectos que me había formado. Esos proyectos deben realizarse, hija mía, y por más que me digas, no cambiaré de resolución.

— ¿No cambiaréis, tío?

— Creeme, es por tu felicidad por lo que insisto, y vendrá un día en que me lo agradezcas.

— ¿L... pensáis así, monseñor?

— Lo pienso tan bien, que voy á escribir hoy mismo á M. de Conti.

— Monseñor, os echáis encima una responsabilidad terrible, y llegaré la vez en que tengáis que responder á Dios por haber ocasionado la desgracia de la que os fué confiada.

— Señorita, Dios ve mis intenciones y las juzga. Sabe que he tomado la tarea de trabajar con toda mi alma y con todas mis fuerzas en la gloria de la casa de Francia; me perdonará mis faltas en compensación del objeto á que tienden.

— Esa misión os la habéis dado por ambición y por orgullo, monseñor, y os declaro que no me siento con el deseo de servirle de instrumento.

— Sin embargo, debe haber cierta solidaridad en toda mi familia, y cada uno de sus miembros debe concurrir

á cualquiera empresa susceptible de añadir algo á su lustre.

—Monseñor, los hombres no carecen nunca de razones para discurrir como lo hacéis; dejad á las mujeres encerrarse en el papel que les está encomendado; amar y orar.

—Oraréis á Dios cuanto queráis y amaréis á vuestro esposo....

—Creo haberos dicho, monseñor, que ese matrimonio me era dudoso. Dignaos, os lo suplico, no hablarme más de él.

—Y yo os digo que os casaréis con M. de Conti.

—No, monseñor, no.

—¿Y quien lo impedirá?

—Vos mismo, que no queréis hacer mi desgracia.

—Pues bien, señorita, os engañáis enteramente, y la prueba está en que vais á hacer vuestros preparativos y que os voy á conducir al convento.

—Estoy pronta, monseñor.

—Allá, tú reflexionarás, hija mía.

—Ya he reflexionado bastante, monseñor: nunca me casaré con el esposo que me destináis.

El cardenal seió una imprecación violenta hiriendo con el puño la mesa; pero la joven no se conmovió; abrió la puerta donde había entrado y desapareció.

Pocos minutos habían corrido, cuando el cardenal se levantó sobresaltado, abrió suavemente aquella puerta y se aventuró por el corredor oscuro que seguía.

Ana María entró en su departamento.

—Eiammetta, dijo con tranquilidad á su camarera, prepara mi equipaje. Nos vamos al convento, hija mía, sin tardanza.

—¡Ah! señora, qué desgracia! exclamó la italiana, yendo á abrir una cómoda.



—Señor, dijo en seguida la joven volviéndose a Vijé que con aquellas palabras se puso al corriente de lo que pasaba, podéis decir á la persona que os envía que viva tranquila y que me resigno á sufrirlo todo por su amor.

Iba á arrodillarse el poeta delante de aquella reina para despedirse cuando se abrió la puerta estrepitosamente.

Era el cardenal.

—¡Ah! señorita, dijo con el rostro encendido de cólera; he aquí la causa de vuestra resistencia!... Vuestra repugnancia al matrimonio tiene por motivo un sentimiento bien opuesto al que me expresásteis.

—No trataré de mentir, monseñor; eso es verdad.

—Y á quien preferís al esposo ilustre que os he elegido?

—Ese es mi secreto.

—¿No queréis decirlo?

Ana María no respondió, y volviéndose hacia Luis lo hizo comprender con una mirada la resignación y el valor del mártir que radiaba en sus ojos.

—Al menos, señorita, me lo dirá vuestro confidente, exclamó Mazarino designando á Vijé.

Pero la joven se precipitó hacia la puerta y la abrió con rapidez.

—¡Huid pronto! exclamó.

Vijé no se lo hizo repetir, y Ana María cerró inmediatamente apoyándose sobre la puerta.

Aquel movimiento fué tan rápido como el relámpago, pero el cardenal, no menos vivo, había abierto una ventana y gritó por ella á los numerosos gentiles hombres, criados ó soldados que se encontraban en el patio:

—¡Cerrad todas las puertas y que nadie salga del palacio!

Ana María cayó sobre una silla y Mazarino la abandonó para ir á dar sus órdenes.

Poco tiempo después entraba en su gabinete y tenía delante á madama de Venelle que se estremecía.

—Habéis sido mala cuidadora, señora, le decía con los dientes apretados unos con otros por la cólera; sois muy culpable y para recompensar vuestra vigilancia me veo tentado de enviaros á la Bastilla donde reflexionaréis sobre la educación de los jóvenes hasta el fin de vuestros días.

—Monseñor, decía la pobre mujer arrodillándose, perdóneme vuestra Eminencia pero nunca he visto nada....

—¡Eh! ese es precisamente el mal; debíais haber visto:

—Monseñor, puedo jurar por la salud de mi alma que

no he conocido más que un gentil hombre que haya hablado nunca de cerca á vuestras sobrinas, y si eso no eso....

—¿Si no es?.... preguntó ávidamente Mazarino.

—No me atrevo, Monseñor.

—Hablad, dijo el cardenal con suma violencia.

—Si no es Su Majestad....

—¡Silencio!.... hizo entonces Mazarino mordiéndose los bigotes y pasándose su mano por la frente inundada de su sudor.

Las señoritas Olimpia y María Mancini entraron admiradas y no sabiendo si debían mostrarse sonrientes ó tristes á fin de responder al llamamiento que les había hecho su tío.

Pero el rostro afligido de la señora de Venelle no les presagiaba nada bueno, y por lo mismo tomaron cierto aire de seriedad y esperaron.

—Señoritas; dijo el cardenal dirigiéndoles una sonrisa é invitándolas á sentarse: tengo que tratar con vosotras de un negocio grave y no dudo que me concederéis las dos, no sólo vuestra atención, sino una aquiescencia completa.

—¿De qué se trata, tío? preguntó María.

—Os lo diré francamente; quiero casar á una de vosotras.

—¿A quién tío? dijeron las dos sonriendo á aquellas palabras que hacen siempre sonreír á las jóvenes, pero con una ligera mueca de inquietud.

—A la que quiera.... Vamos, hablad, dijo el cardenal admirado por el silencio que guardaban las dos hermanas. ¿Qué significa esto? ... añadió, no tenéis lengua? ¿estáis mudas?.... ¿Vamos, Olimpia, quieres comenzar?

—¿Yo, tío?.... ¡Oh! pero eso merece mucha reflexión.